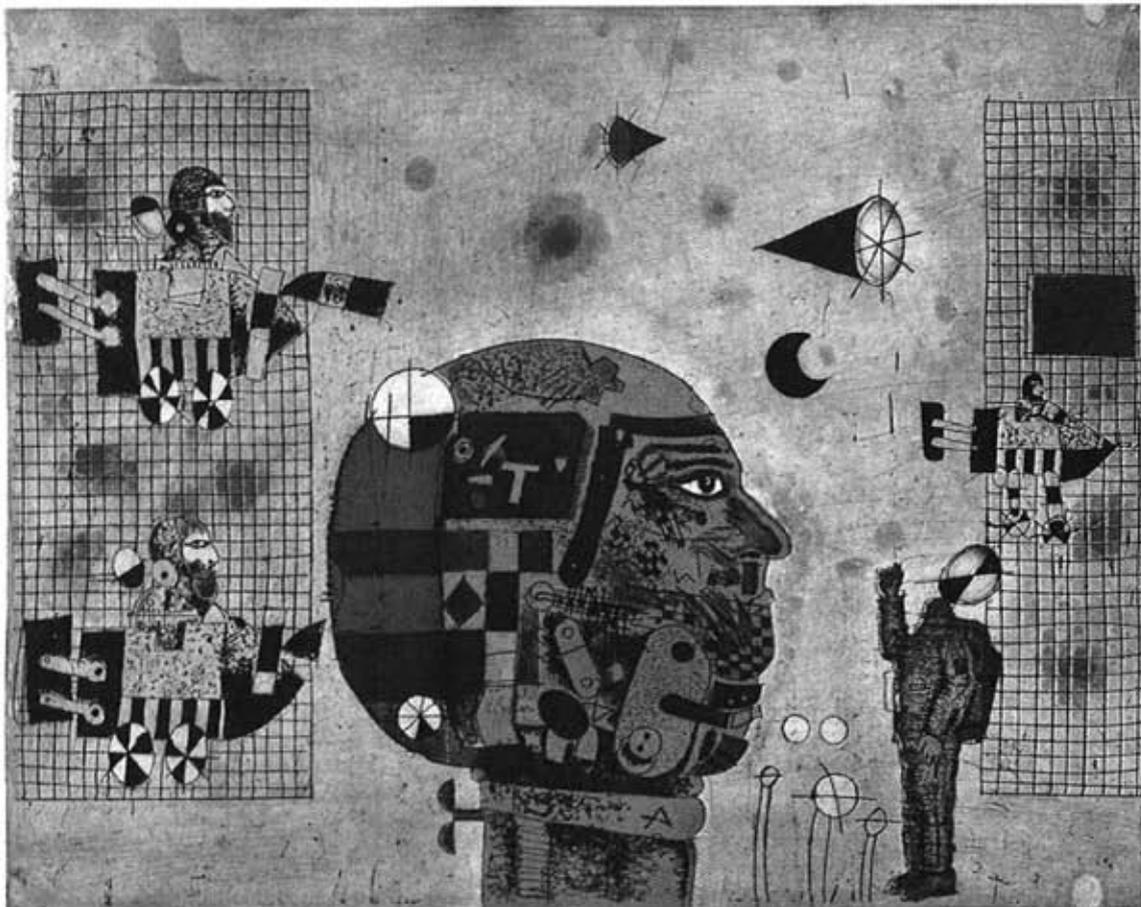
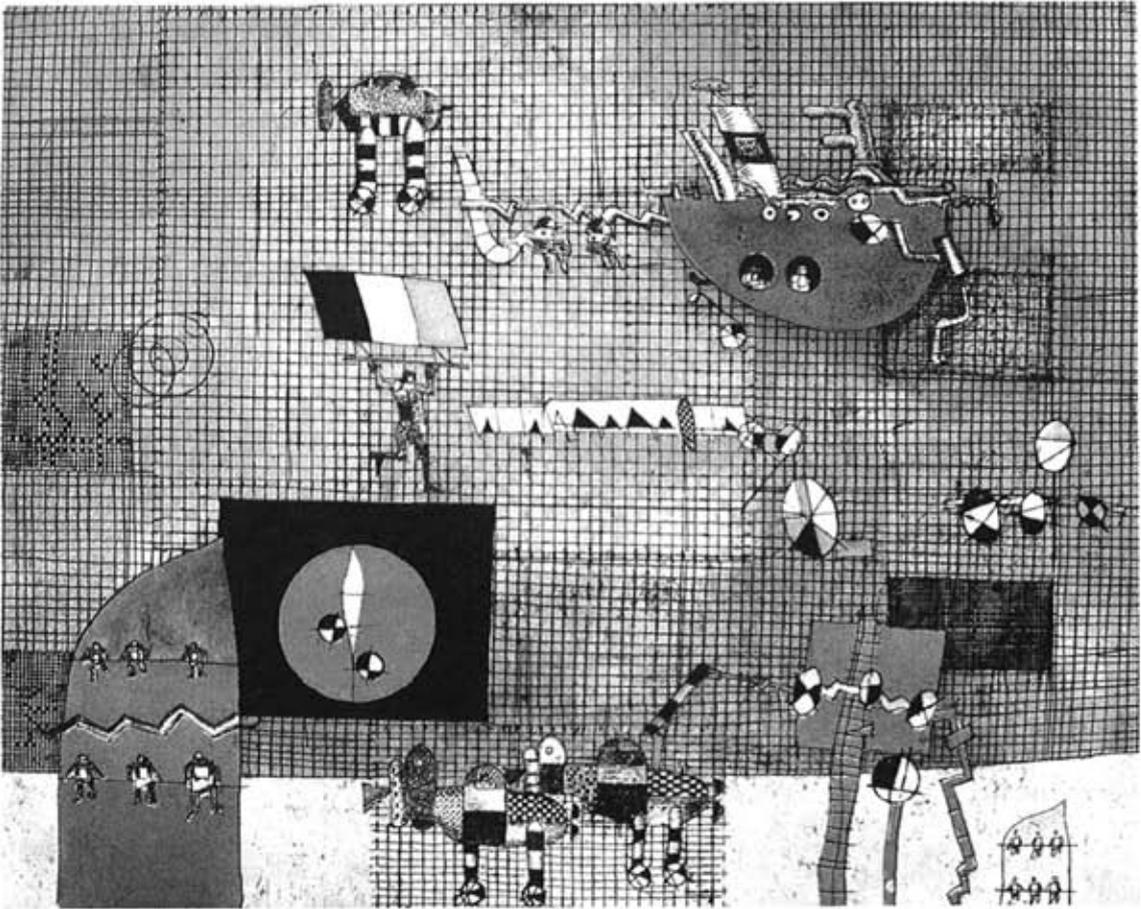


BIBLIOTECA



Padre nuestro

Una foto familiar enmarcada quizás en plata. Unos hijos posan con sus padres ya mayores. La foto no es sólo la imagen estática de ese momento, la foto nada más mirarla habla, narra, cuenta a través de cada uno de los hijos allí retratados, de manera colectiva, es la voz múltiple de «todos nosotros», es la voz múltiple de todos ellos.

Pero esa voz de voces, repleta de gargantas, en la que se escribe *Las hojas muertas*, también deja distinguir a los hombres de las mujeres, y así la familia, su historia de al menos tres generaciones es vista por esos ojos que en la foto en blanco y negro no distinguen sus colores.

Todos nosotros, todos ellos tienen la edad suficiente para vislumbrar lo que pasó con el verdadero eje y protagonista de la historia: «el papá de todos nosotros», el papá de todos ellos, el hijo de Mama Salima y el hermano Gustav y Marie Louise. Todos comprenden el fracaso de este utopista. Fracaso en el amor (esas misteriosas llamadas de Nueva York), fracaso en la política su militancia comunista y progresista), fracaso en la guerra (como voluntario

en la contienda civil española, en las Brigadas Internacionales, en la Brigada Lincoln), fracaso en los negocios (que aun yendo bien siempre se tuercen por razones desconocidas), fracaso en su identidad propia y en su patria (las autoridades norteamericanas recelan de su pasado «revolucionario» y le impiden combatir en su ejército contra aquello que ya había luchado: el fascismo), fracaso incluso familiar (a la muerte de su madre, sus hermanos lo dejan de lado, reprochándole el haberse ido de junto a ellos). Todos comprenden el fracaso de ese utopista, unos con cierto reproche, pero también con un cariño y una ternura que ya quisieran para sí mismos.

El ejemplo resumen de esa «mala suerte» que lo persigue, se puede ilustrar con el pasaje donde se cuenta su colaboración con la revista *The Monthly Review*. Al partir a la Unión Soviética, a Moscú, había quedado en mandarles colaboraciones. Y así lo hizo, sólo que esta revista nunca llegó a aparecer, y por lo tanto la veta literaria y periodística suya tampoco se pudo llegar a cumplir. De las revistas rusas en las que había participado, no había conservado ejemplares.

Lo que cuentan estas voces, lo que se ve en las miradas de la foto es una tremenda nostalgia de ese tiempo en el que eran felices. Felices porque no tenían memoria, porque vivían en la inconsciencia, porque estaban todos juntos y eran un solo cuerpo. Los ideales fracasados y las

ilusiones perdidas quedaron embarrancados por muchos países: la Europa y Rusia de los años treinta, y su propio país, los Estados Unidos, del cual era la primera generación nacida de unos emigrantes libaneses. México es el último reducto, el último refugio, el destino final, el lugar donde los nuevos fracasos más amables, cotidianos, más reposados y asumidos, casi se institucionalizan. México es el lugar del exilio, de la orfandad del destierro. Un exilio que no le cabe solamente en esta tierra, sino que es un exilio del mundo. Y para salir de ese mundo repleto de fronteras, se refugia en el único mundo sin ellas: el de los libros. Para él la vida queda atrapada en ese limbo de los libros. Y así, él mismo pasa a ser personaje principal de uno de ellos.

La biografía se convierte en ficción, y la ficción en biografía. Relatando la vida del padre, no como vida sino como ficción, es la única manera de darle sentido, de rescatarlo del olvido. La gran respuesta a todas las preguntas es que cómo estando al lado de los buenos, de las buenas causas justas, siempre había perdido. Pero lo que la vida rechaza, la ficción lo convierte en héroe.

El relato colectivo se inicia y avanza con cierto distanciamiento sobre esta figura que asombra, pero a medida que la familia va adquiriendo todos los datos, se encuentra reflejada en él mismo, en su presencia esencial. Y así, ya casi al final de esta novela, se dice: «Papá te extra-

ñamos, Papá te queremos y Papá te necesitamos, aunque soñáramos infantiles, esto lo sabemos todos y lo sabe cada uno para sus adentros, cuando hablamos de papá siempre lo somos porque esto nos acerca a él que es en donde todos queremos estar porque Papá tiene mucho que ver con la época de antes que es la época en que éramos felices...».

Las hojas muertas la he leído dos veces. La primera, nada más publicarse en España, en el año 1987. Me dejó el poso de un magistral relato poético, una gran elegía en prosa, de una ternura tal que todos los lectores deberíamos sentir atravesados nuestros corazones por un rayo. Cuando he vuelto a releerlo, diez años después, mi encuentro ya ha sido otro. En lo esencial, semejante a lo ya conocido, pero en lo espiritual muy distinto. Releyendo estas páginas, paralelamente y de manera inconsciente, iba reconstruyendo no sólo la vida de mi padre, sino también la de parte de mi familia. En estos diez años, mi memoria del pasado ha sido diezmada. Mi padre ha muerto y también la gran parte de mis mayores. Ahora, yo igualmente, puedo ser un personaje de esa foto, de otra foto familiar. Ahora yo también grito en silencio, Papá te necesito, Papá te quiero, Papá te extraño. El Papá de *Las hojas muertas*, es el Papá de todos los que ya no lo tenemos. Es el antidiós, el antiomnipotente, porque la vida no es lo que es o lo que fue, sino lo que pudo ser; la vida no es lo que tuvi-